



DIDACTICA GEOGRAFICA

N.º 6 - Noviembre 1980

CONSEJO DE REDACCION

Alfredo Alonso-Allende Yohn
 Francisco Calvo García-Tornel
 José Manuel Casas Torres
 Pedro Chico y Rello
 Alfredo Floristán Samanes
 José Ibarqüen Soler
 Martín Lillo Carpio
 Francisco López Bermúdez
 Rodolfo Núñez de las Cuevas
 Isidoro Reverte Salinas
 Antonio Serna Serna
 Luis Solé Sabarís
 Manuel de Terán Alvarez
 Juan Torres Fontes
 José M.ª Torroja Menéndez
 Juan Vilá Valentí

DIRECTOR: Pedro Plans

SECRETARIOS DE REDACCION:

José Luis Andrés Sarasa
 José Luis González Ortiz
 José M.ª Sancho Pinilla

SUMARIO

Javier Galán: <i>Entrevista con el catedrático de Geografía Humana de la Universidad Complutense de Madrid, Prof. Dr. José Manuel Casas Torres</i> . . .	pág. 3
Pedro Plans: <i>Problemas referentes a la enseñanza de la Geografía regional</i> . . .	pág. 11
Wenceslao J. González Fernández: <i>Notas metodológicas para la elaboración de trabajos monográficos</i>	pág. 27
José Luis Andrés Sarasa: <i>Situación actual y futura de la Geografía en la E.G.B. española</i>	pág. 37
José Sancho Comins: <i>Las diapositivas, instrumento de gran valor didáctico para la enseñanza de la Geografía</i> . . .	pág. 47
Enrique Gutiérrez Ríos: <i>El temor a la libertad de enseñanza</i>	pág. 55
Historia del pensamiento geográfico: Thomas F. Glick: <i>Einstein y los españoles: aspectos de la recepción de la relatividad</i>	pág. 59
Orlando Ribeiro: <i>Reflexiones sobre el oficio de geógrafo</i>	pág. 73
Materiales didácticos y bibliografía: C. P. Patton, C. S. Alexander, F. L. Kramer: <i>Curso de Geografía Física</i> . . .	pág. 89
Desiderio Papp: <i>Einstein</i>	pág. 90
A. Journaux, P. Brunel, S. Diarra, B. Pasdeloup, y P. Pelissier: <i>Géographie. Classe de première. Géographie Générale Humaine et Économique. Programme africain</i>	pág. 92

La revista DIDACTICA GEOGRAFICA se propone la publicación de textos que faciliten información y orientaciones útiles al profesorado, sin que necesariamente se compartan los puntos de vista del autor.

Dirección postal: Secretariado de Publicaciones. Universidad de Murcia (España).

Número suelto, 200 ptas., más gastos de envío.

Suscripción anual (España), 400 ptas., más gastos de envío.

Suscripción anual extranjero, 400 ptas., más gastos de envío.



Entrevista con el catedrático de Geografía Humana de la Universidad Complutense de Madrid, Prof. Dr. José Manuel Casas Torres

Javier Galán

Veinte años nos separan tan sólo del año 2000. Los que han transcurrido del siglo XX nos ponen ya ante una situación radicalmente distinta de la que había cuando se inició. Dos guerras mundiales y una difusa que no cesa, si es que no son una sola y misma guerra las dos últimas, han acabado con la hegemonía europea. Países de otros continentes congregan y acaudillan los bloques antagónicos. Europa es nuevamente un campo de batalla potencial, una cabeza de puente compartida a medias por los más formidables poderes militares que el mundo conoció jamás. Y, sin embargo, tal vez nunca fuimos los europeos más conscientes de nuestra interna unidad, ni estuvimos más deseosos de convivir en paz y buena armonía con todos los pueblos de la Tierra.

—¿Cuál es el futuro de la población? ¿Qué espera a los hombres en estos veinte años que nos separan del año 2000?

—¿Qué nos depararán los próximos veinte años? Es muy posible que todas las predicciones fallen y se vean superadas con exceso por los acontecimientos. El futuro, aunque esté tan cerca, tiene siempre mucho de imprevisible. Cabe, desde luego, la posibilidad de una hecatombe nuclear con cientos de millones de muertos. El mundo vive desde hace treinta y cinco años bajo el miedo a esta amenaza. Pero, aunque esto ocurra, la población del mundo repondrá sus efectivos con una desconcertante rapidez.

Lo que parece más probable es que se produzca otro de los virajes radicales en la historia mundial. De hecho ya ha comenzado. Es muy verosímil que el siglo XXI sea el siglo de los hombres de color. La juventud de las poblaciones de los países subdesarrollados se enfrenta a un Occidente envejecido. Frente al aluvión de sangre nueva de las tres cuartas partes de la población del mundo, con índices de crecimiento anual superiores al dos, e incluso al tres por ciento, Occidente presenta una población envejecida, de crecimiento muchas veces inferior al 0,4 por 100 anual, o estacionaria. Incluso, disminuye.

Desde luego se puede apostar, con seguridad de ganar, que las cifras reales no coincidirán con éstas (ver tabla). Sin embargo, las líneas de tendencia parecen aceptables:

Que la población de las regiones desarrolladas pase de constituir 34,27 por 100 de la población mundial, en 1950, al 21,75 por 100 el año 2000.

Que Europa (sin la URSS) baje de ser el 15,67 por 100 del total mundial a alcanzar tan sólo el 8,63; que la URSS descienda del 7,20 al 5,04.

Que Estados Unidos, con Canadá, descienda del 6,64 al 4,73. Mientras Asia Meridional suba del 27,71 al 36,25. Africa, del 8,76 al 13,02. Latinoamérica, del 6,56 al 9,91 por 100.

Ello tiene que ir forzosamente acompañado —en un plazo no muy largo— por un cambio del centro de gravedad del mundo, tanto en el terreno político y económico como cultural.

—Existe una gran polémica acerca, precisamente, de este desarrollo de la población. Hay quienes afirman que el mundo no tendrá capacidad para alimentar a todos; que el aumento de la población originará grandes catástrofes, etc. ¿Qué hay de cierto en esta discusión?

—La polémica sobre estos puntos, y ello resulta muy lógico, dista mucho de ser ponderada, y se ha acentuado tras la publicación del primer informe al Club de Roma —el informe Meadows— contestado demoleidamente por los científicos de la Universidad de Sussex. Después de estos documentos, en los últimos años se han publicado varias decenas de libros más, informes y contrainformes, sobre la cuestión, sin contar los miles de artículos de revistas, declaraciones en la Prensa, cartas de los lectores, etc.

Pero, planteado brutalmente, el fondo del asunto se reduce a dos posiciones antagónicas:

La de quienes sostienen que la solución para que no haya pobres es impedir que nazcan seres humanos, y si han sido concebidos, matarlos. Es idea que no sostuvo Malthus a pesar de lo que se cree comúnmente, pero que promovió después de la segunda guerra mundial, e influyó en el propio presidente de USA, Lyndon B. Johnson. A él se debe una deplorable afirmación: «Actuemos basándonos en el hecho de que menos de cinco dólares invertidos en el control de la población valen tanto como 100 invertidos en el desarrollo económico.»

La de quienes estamos persuadidos de que cabemos todos y que la pobreza no depende de la escasez de recursos, sino de la injusta distribución y el mal uso que se hace de ellos, así como de los gastos desorbitados en armamentos y propaganda política.

Frente a los que defienden que no hay alimentos para todos, y que el modo de sobrevivir es que no sigan creciendo las poblaciones de los países subdesarrollados, muchos apostamos por el hombre, sin desconocer que existe más hambre en el mundo subdesarrollado que en el desarrollo, pero no debido a la inexistencia de recursos, sino, como ya he dicho, porque se detentan y se distribuyen contra toda justicia.

—No vamos a negar que en ciertos países o regiones del globo terráqueo, existen situaciones lamentables de pobreza y miseria. ¿Podría darnos datos sobre esta situación de injusta repartición de bienes?

—Unas pocas cifras nos permitirán cuantificar la magnitud de las diferencias entre unos países y otros.

Según datos del Banco Mundial, en 1975, expresados en porcentajes: el 24,55 por 100 de la población del mundo tenía en aquella fecha una renta per cápita inferior a 200 dólares año, y le correspondía tan sólo el 2,15 por 100 de la totalidad del P. N. B. mundial. En el otro extremo de la serie, el 10,8 por 100 de la población del globo disfrutaba del 47,24 por 100 del P. N. B. mundial, y cada uno de sus integrantes tenía una renta per cápita superior, en aquel año, a los 5.000 dólares USA. Si a esta última categoría de países se suma la población de la inmediatamente anterior —es decir, la de los países comprendidos en unos niveles de renta per cápita entre 2.000 y 4.999 dólares— resulta que el 27,54 por 100 de la población mundial acapara el 80,65 por 100 del producto nacional bruto de todo el planeta, mientras que el resto de sus pobladores —el 72,45 por 100— sólo dispone del 19,35 por 100 del P. N. B. total.

Aunque se trata sólo de datos meramente aproximados, ya que en muchos casos, por falta de otros mejores —debido a la propia pobreza de los países— no son más que meras estimaciones, y aunque es cierto, igualmente, que las poblaciones rurales que poseen una economía de subsistencia consumen productos no contabilizados monetariamente, la diferencia entre las cifras es tan grande que no es posible negar que estamos ante un caso de injusticia sangrante y de grave obligación de los países desarrollados de ayudar a los países en vías de desarrollo a salir de su triste situación.

No se pierda de vista tampoco que es típico del mundo del subdesarrollo que unos cuantos acaparen el poder y las riquezas, de modo que los ingresos reales de la mayor parte de la población son muy inferiores a los que indican los propios valores promedios.

—Las campañas y propaganda sobre el control de la natalidad se insertan dentro de los posibles medios para solucionar esta situación de injusticia mundial. Parten del «slogan» de que si actualmente una nación es pobre, en la medida en que nazcan más habitantes la pobreza irá en aumento. Está claro que ésta no es una manera de solucionar nada...

—Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II han llamado repetidamente la atención sobre la urgencia de ayuda internacional a los países jóvenes y carentes de tecnología y capitales, pero ricos en hombres con las mismas necesidades y derechos que nosotros. No obstante, en lugar de una ayuda eficaz —que a veces sólo se presta con cuentagotas— se ha suscitado una lamentable literatura que propugna una política demográfica criminal.

Me refiero a los autores, casi todos anglosajones y europeos nordoccidentales, que presas de un «terror neomalthusiano» propugnan una reducción «contra natura» de la natalidad, en los países subdesarrollados sobre todo, por medio de la planificación familiar, apoyada en el empleo masivo de anovulatorios, dispositivos intrauterinos, el aborto inducido y la esterilización. Estos autores son innumerables, y han inundado al mundo con sus libros y su propaganda. La presentan, además, como un servicio a la Humanidad —como si todos a los que no se ha dejado nacer no fueran seres humanos—. Es hora de decir claramente a esos colegas que están equivocados en sus planteamientos y conclusiones; que el hombre no es una especie animal más, sino un ser trascendente y excepcional, dentro de toda la creación, dotado de inteligencia y voluntad, libre y responsable de sus actos, que ha de dar cuenta a Dios de su vida; y que la política demográfica que propugnan, además de ser homicida, atenta directamente contra la dignidad

humana y la grandeza del amor del hombre y la mujer, y conduce, socialmente, a un suicidio colectivo.

—¿Qué hay detrás de toda esta propaganda?

—Detrás de la propaganda del control de nacimientos destinada al Tercer Mundo (ver Anexo I), hay un sentimiento de miedo —quizá inconsciente en el menos malo de los casos— a los cambios estructurales y de poder político que lleva implícito, para un futuro muy próximo, el formidable crecimiento demográfico de los países subdesarrollados, en dramático contraste con el acelerado envejecimiento de la población y de los dirigentes de los países industrializados. Hablando ante la F. A. O., en 1974, Pablo VI volvió a levantar la voz en defensa de los pobres: "Es inadmisibile que los que controlan las riquezas y los recursos de la Humanidad traten de resolver el problema del hambre prohibiendo que nazcan hombres o dejando morir de hambre a niños cuyos padres no encajan en la estructura de planes teóricos basados en puras hipótesis sobre el futuro de la Humanidad. En otros tiempos, en un pasado que esperamos haya terminado para siempre, las naciones solían hacer la guerra para apoderarse de las riquezas de sus vecinos. Ahora bien, ¿no es una nueva forma de hacer la guerra imponer a las naciones una política demográfica restrictiva para asegurarse de que no reclamarán la parte que les corresponde a los productos de la tierra?" (Discurso pronunciado ante la Conferencia Mundial de la Alimentación, de la F. A. O. Roma, XI, 1974.)

—Por lo que dice parece que solamente han sido los Papas quienes han lanzado su voz en contra de esta terrible «guerra». ¿Son una voz en el desierto?, ¿hay otras personas que también denuncian estos errores?

—Son muchas las personas sanas y normales de todas las ideologías que, junto con los Papas, no han perdido la estima y el cariño a sus semejantes. Por ejemplo, en la propia Francia, pionera de la planificación familiar, ha cundido ya la alarma no tan sólo entre los intelectuales. Se alarman el propio Gobierno y los medios de opinión. No son únicamente «Le Figaro» y la Prensa conservadora. El propio suplemento de septiembre de 1980 de «Le Monde de l'Education» titulaba su portada: «La France sans enfants?» (¿Francia sin hijos?)

También en la propia Norteamérica un grupo de demógrafos judíos —Berelson, Goldstein, Goldscheider, Keely, Van der Walle...— han visto el peligro de extinción de las gentes de su pueblo, y dan la voz de alarma con un libro —publicado en 1978— que lleva un título muy significativo: «Crecimiento cero, ¿para quién?» Por supuesto, desde la primera página, queda claro que el crecimiento cero no es para ellos.

Es evidente que estos son argumentos importantes. Pero el fundamental es que el concebido, desde el primer instante es un ser humano como nosotros. Es falso que no hay recursos para todos. La cruel y egoísta mentalidad de la envejecida sociedad industrial se pone de manifiesto en la inacabable y bizantina polémica sobre el problema de la adecuación de los recursos disponibles a la creciente población del planeta. De nuevo el problema es el de la injusta distribución de bienes, y no de su carencia. Es verdad, y ahora ya tenemos conciencia de ello, que el agua utilizable es un bien escaso y mal distribuido; los combustibles fósiles constituyen un recurso limitado y posiblemente de muy corta duración a escala del mundo, y tal vez puede decirse lo mismo de algunos metales. Pero la Humanidad se ha enfrentado ya varias veces con situaciones de escasez, de las que ha salido vic-

toriosa gracias, precisamente, a la creciente presión de su población. Desde el más remoto paleolítico pueden citarse varias «revoluciones demográficas», de las que siempre han resultado un crecimiento considerable de la población y mejores condiciones de vida.

Es cierto que la contaminación atmosférica de nuestras ciudades y la degradación del medio ambiente son peligros reales, que hay que afrontar y corregir; como lo son, en nuestras sociedades industriales permisivas y agnósticas, el vandalismo, la corrupción, la droga y el terrorismo. Nadie puede negar su existencia, pero es distinto afrontar las dificultades de cada hora con la esperanza ilusionada de una población joven que quiere vivir y corregir la injusticia y la corrupción, o con la entregada resignación de una población vieja y aterrada que ve peligros por todas partes y, falta de ilusión, piensa que el mundo se acaba. Cuando en realidad lo único que se acaba es la vida terrena de esa población envejecida.

—A veces, en estas campañas, se ha puesto al Japón como ejemplo de país que ha conseguido su desarrollo gracias al control de los nacimientos.

—Los propagadores de los anovulatorios, los dispositivos intrauterinos y el aborto inducido —que, por cierto, son ocasión de formidables negocios mercantiles— deben pensar, estremecidos, que esa relativa prosperidad le ha costado en vidas al Japón muchas más pérdidas que la segunda guerra mundial, pues desde 1948 el número de abortos voluntarios —al amparo de la hipócrita «ley de protección eugenésica» y la mentalización de la población nipona— ha arrojado anualmente cifras muy altas (ver Tabla II). Y eso sin contar los abortos no contabilizados debidos al uso de anticonceptivos orales. Está

fuera de toda duda que el óvulo fecundado es un ser humano vivo desde el primer instante de la fecundación. Y somos muchos quienes pensamos que esos millones de japoneses malogrados hubieran elevado todavía más el nivel de vida de este grande y desgraciado país. Pero no es el Japón tan sólo el que mata a sus hijos en gran escala: hay datos estremecedores.

—No deja de resultar extraño que estas campañas no sólo se dirigen a los países subdesarrollados. También en países, llamémosles, opulentos, se propugna el crecimiento cero. ¿Por qué?

—La propaganda antinatalista y las presiones que se ejercen sobre los países pobres para que reduzcan su natalidad, son obviamente innecesarias y ociosas en el caso de los países industrializados, sean capitalistas o comunistas. Ninguna pareja que emplea métodos anticonceptivos lo hace por temor a la explosión demográfica o a la amenaza de la falta de alimentos a escala mundial.

En el peor de los casos la causa está en la atrofia del sentido moral y de la conciencia de la propia dignidad de las personas; en la ignorancia de lo que es el verdadero amor, que lleva siempre consigo el respeto al otro y el olvido de uno mismo para lograr la felicidad del que se ama y la identificación con él, con todas sus consecuencias. Cuando eso ocurre, sin que quede nada humano y noble en el corazón, que casi siempre queda, el amor del hombre y la mujer es exclusivamente cuestión de placer sexual, y el otro es meramente, tan sólo, un objeto que se utiliza para obtener el placer que cada uno busca exclusivamente para sí. Esto supone por principio desposeer al acto sexual de toda trascendencia. Por supuesto, en este caso un hijo, e incluso el otro cónyuge, es lo que menos interesa.

—¿Y a estos países que han llegado al crecimiento cero, qué futuro les espera?

—Por todas partes se alzan voces tomando posiciones ante la nueva situación que se avecina, ante el cambio que ya ha comenzado a producirse.

La población de Occidente, víctima de su mismo permisivismo, envejece a simple vista. Se está configurando una sociedad sin niños; una sociedad de viejos, cautelosos y asustados ante el final irremediable. La Comunidad Económica Europea estudia ya muy seriamente los costos del envejecimiento de su población, y ha establecido, sin lugar a dudas, que la escasa población activa de los países occidentales no podrá seguir sosteniendo los costos de la población dependiente: el asunto ha saltado a la publicidad de las compañías de seguros. Una de ellas, francesa, se anuncia a doble página en las revistas: en una hay nueve niños pequeños, en la otra se ven sólo tres. El anuncio dice: «Bebés de 1949 ne comptez pas trop sur les bébés de 1979 pour payer votre retraite» (Bebés de 1949 no contéis con los bebés de 1979 para pagar vuestra jubilación).

De aquí a la eutanasia no hay más que un paso: si los viejos son costosos y no producen, ¿a qué mantenerlos?, ¿no se mata a los niños? Ya lo ha entrevistado Peter Hall, en otro sentido, igualmente terrible. En «Europa 2000» escribe: cabe que «se renueve el debate sobre el derecho (sic) de los viejos a la eutanasia voluntaria, debate que podrá ser para la sociedad europea de los años 80 lo que fue el debate sobre el aborto para la década de los 60».

—Profesor, ¿no nos presenta un futuro demasiado sombrío?

—No creo. El Tercero Mundo es una esperanza, no una amenaza. Posiblemente el mundo del siglo XXI será de los hombres de color.

Ahora, frente a este 25 por 100 de la población del mundo, desarrollada, que tiene aún tanto que decir y hacer —si quiere— en favor del otro 75 por 100, se nos presenta el mundo del subdesarrollo lleno de problemas y contradicciones.

Guardémonos de verlos como seres perfectos y felices; son hombres como nosotros, con pasiones, defectos y pecados como los nuestros. Aunque, sin duda, tienen menos culpa, ya que sus condiciones son mucho peores que las nuestras: su misma juventud, el analfabetismo masivo, la falta de clases dirigentes, de tradición, de autogobierno, de capitales, de infraestructuras..., la dependencia del extranjero, el deslumbramiento creado en ellos por la sociedad consumista y tecnológica, el choque entre sus tradiciones y la cultura urbana e industrial, la manipulación internacional, la corrupción administrativa..., tantas y tantas lacras, bien patentes, dan a entender que tampoco será fácil la tarea que les espera.

Pero todo esto hace más apasionante aún la historia de los años que van a venir: una inmensidad de hombres de color —de muchos colores y lenguas—, configurando un mundo nuevo, recogiendo la antorcha que ha caído de manos de Europa, incorporando el cristianismo y nuestra herencia a sus culturas, llenando, más que nunca, la Tierra.

Puestos a soñar, podemos intuir que los blancos sumaremos tan sólo unos pocos en la heterogénea composición de la población terrestre. Tal vez en un primer instante sea el momento de los asiáticos; luego se sumarán a ellos, con

un peso cada vez más creciente, los africanos y los latinoamericanos, tan mezclados ya.

Como decíamos, hay que apostar por el hombre; por el amor del hombre y de la mujer, abierto siempre a la vida; por los futuros niños; por todos los que en el mundo que se está con-

figurando trabajan por la paz, la justicia y la convivencia entre los humanos; por todos los que saben ver un hermano, un hijo de Dios como ellos, en cualquier hombre. Y también por todos los que, sin saberlo, buscan a ciegas la verdad, y sienten en su corazón ansias de justicia y el fuego del amor a los demás.

TABLA I

EVOLUCION DE LA POBLACION MUNDIAL DESDE 1950 Y PREVISIONES HASTA EL AÑO 2000

AÑOS	Millones habitantes	Países subdesarrollados	Países desarrollados
1950	2.501	1.644	857
1960	2.986	2.010	976
1965	3.269	2.252	1.037
1970	3.632	2.541	1.090
1975	3.968	2.836	1.132
1980	4.457	3.247	1.210
1985	4.871	3.586	1.231
1990	5.438	4.102	1.336
1995	5.763	4.443	1.320
2000	6.494	5.040	1.453

FUENTES: Naciones Unidas. Perspectiva de la población mundial evaluadas en 1973: Nueva York, 1978.

Naciones Unidas: Factores determinantes y consecuencias de las tendencias demográficas. Nueva York, 1978.

ANEXO I

A propósito de la política antinatalista que propugnan para el Tercer Mundo algunos Gobiernos de países desarrollados, un economista etíope, *Maaza Bekele*, escribe en un artículo publicado en la revista CERES de la F.A.O. (1973): «Los profetas de calamidades sostienen que tanto la estructura de la población africana como su volumen potencial —en cuanto componente del potencial del Tercer Mundo— constituyen una amenaza a la prosperidad general del mundo, así como un disuasivo para el desarrollo económico en los países africanos, y consideran que el único remedio al inminente desastre originado por el descenso de la mortalidad, fruto de una mejor asistencia sanitaria, es una reducción absoluta de la natalidad.

Hay disponibles fondos casi ilimitados para programas de planificación familiar, que con frecuencia quedan retenidos donde no existe un programa oficial. *Parece* poco menos que siniestro el que haya tanto dinero para frenar la vida, y apenas ninguno para fomentarla.»

TABLA II

ABORTOS «LEGALES» EN DIVERSOS PAISES DEL MUNDO

PAISES	1970	1971	1972	1973	1974	1975
Bulgaria	142.235	153.687	154.415	137.439	144.509	143.450
Checoslovaquia	99.766	97.271	91.282	81.233	83.055	81.671
Hungría	192.283	187.425	179.035	169.650	102.022	96.212
Suecia	16.100	—	24.170	25.990	30.636	32.526
Inglaterra	86.565	126.777	159.884	110.568	109.445	106.224
USA	180.119	480.259	—	724.500	899.900	1.034.200
Japón	732.033	739.674	—	—	—	—

FUENTE: Anuario demográfico (1978) de las Naciones Unidas.